

MARÍA, “MUJER EUCARÍSTICA”

DOMINIQUE LE TOURNEAU BARBÉ

PALABRAS CLAVE: maternidad espiritual, dimensión mariana de la Eucaristía.

RESUMEN: la maternidad espiritual de la Virgen María, escribe Juan Pablo II en la Encíclica *Redemptoris Mater*, ha sido comprendida y vivida particularmente por el pueblo cristiano en el sagrado banquete en el cual Cristo se hace presente en su verdadero cuerpo nacido de María Virgen. Partiendo de estas palabras, el autor ofrece un completo y documentado estudio de la dimensión mariana de la Eucaristía y de la dimensión eucarística de la devoción mariana, señalando los hitos fundamentales de su manifestación en la historia y en el arte, haciendo especial hincapié en los fundamentos teológicos en que se apoya esta particular armonía y coherencia y explicitando, además, sus consecuencias prácticas.

MARY, “EUCCHARISTIC WOMAN”

KEY WORDS: *Spiritual motherhood, Marian dimension of the Eucharist.*

SUMMARY: *John Paul II wrote in the Encyclical Redemptoris Mater: “Spiritual motherhood of the Virgin Mary has been particularly noted and experienced by Christians in the sacred banquet, in which Christ becomes present in his true body, born of the Virgin Mary”. From these words, the author offers a complete and documented study of the Marian dimension of the Eucharist and the Eucharistic dimension of Marian devotion, noting the milestones of its manifestation in history and art, with particular emphasis on the theological foundations on which it rest this particular harmony and consistency, explaining also their practical consequences.*

La maternidad espiritual de la Virgen María, que hemos recibido en heredad al pie de la Cruz, “ha sido comprendida y vivida particularmente por el pueblo cristiano en el sagrado banquete –celebración litúrgica del misterio de la Redención–, en el cual Cristo se hace presente en su verdadero cuerpo nacido de María Virgen”¹.

Ciertamente el cuerpo de Cristo se nos entrega como alimento para la vida eterna, como Cristo lo había anunciado ya en su discurso del Pan de vida pronunciado en la sinagoga de Cafarnaún (cfr. *Jn* 6,54). Se trata del cuerpo que Jesús ha recibido de María en la Encarnación. No hay otro. Su cuerpo humano lo constituye en un hombre verdadero. Este cuerpo lo debemos al “sí” de María. Es ella quien nos lo da. Y esto no solamente en Belén, sino en toda celebración eucarística.

Jesús es verdaderamente hijo de María y no de José, cosa que el evangelista Mateo se cuida de consignar al término de una genealogía que, en buena lógica, habría debido acabar por una última mención a su ascendencia masculina: *Jacob engendra a José, el esposo de María, de la cual ha nacido Jesús, llamado Cristo* (Mt 1,16). El árbol de Jesé ilustra bien esta filiación particular, que termina por colocar a María en la cúspide. “La rama que sale de la raíz es María, que desciende de David; la flor que nace del tallo es el hijo de María”².

La doctrina del árbol de Jesé es corriente en el siglo XI. San Bernardo la glosa en su sermón *Super Missus est*, 2, 6. El tema iconográfico aparece en el primer tercio del siglo XII. Figura en un manuscrito de Dijón antes de 1134. Una vidriera en la basílica de San Dionisio le da una arquitectura completa: el tallo central sostiene los reyes, mientras que los tallos laterales sostienen los profetas en número de catorce. Las inscripciones de las filacterias están tomadas de las representaciones litúrgicas. En cuanto a María y Jesús, en un primer momento, Jesús está solo en la cúspide del árbol, sentado con majestad, rodeado de siete palomas (cfr. *Is* 11,2). Hacia 1300, la Virgen, llevando al Niño en sus rodillas, ocupa la plaza de la flor. En el siglo XVI, ella está sola, cosa que enseña su Inmaculada Concepción.

1. JUAN PABLO II, Enc. *Redemptoris Mater*, n. 44.

2. TERTULIANO, *De carne Christi*, 21: PL 2, 787 A.

“Así donde quiera que esté Jesús, en el cielo o en la tierra, en *nuestros tabernáculos o en nuestro corazones*, es verdadero decir que está allí el fruto y el beneficio de María, que María sola es el árbol de la vida, y que Jesús solo es su fruto. Quien quiera alcanzar este fruto admirable en su corazón debe tener el árbol que los produce; quien quiere tener a Jesús, debe tener a María”³. Pero para que el árbol de la vida se desarrolle y beneficie a un mayor número, “es necesario que riegue este árbol divino con sus comuniones, sus misas y otras oraciones públicas y privadas, sin lo que este árbol dejaría de llevar fruto”⁴.

a) Testimonios antiguos

San Abercio, obispo de Hierápolis, al final del siglo II, redactó un epitafio para un altar: “Ciudadano de esta ilustre villa, yo he hecho construir en vida (esta tumba) para que mi cuerpo repose un día (...) He encontrado hermanos en todos los lugares. Yo he tenido a Pablo (¿por compañero?)... La fe me ha guiado y me ha conseguido en todo lugar por alimento un pescado grande y puro, recogido en la fuente de una virgen sin mancilla, que ella lo sirve constantemente a la mesa de sus amigos; ella tiene un vino excelente (¿mezclado con agua?) para acompañar el pan (...)”. Se pueden encontrar varias alusiones a María o a la Iglesia, o a las dos, cosa que subraya el lazo que les une: “una reina con manto y sandalias de oro”, “recogido en la fuente de una virgen sin mancilla”, el vino mezclado con agua.

San Efrén (306-373) escribe que “María nos ha dado el pan de la vida en vez del pan del sufrimiento que nos dio Eva”⁵. Él ve en María el tabernáculo donde habitó el Verbo hecho carne, símbolo de la inhabitación del Verbo en la Eucaristía presente en la Iglesia. El cuerpo nacido de María, ha nacido para convertirse en Eucaristía.

Proclo, obispo de Jerusalén (390-446), dice de María que ella es el templo en el que Dios se ha hecho sacerdote y víctima. Ella es la morada del rey y

3. Ch. BESNARD, *L'Amour de la Sagesse éternelle*, n. 204, erróneamente atribuido a Grignon de Monfort en *Oeuvres complètes de saint Louis-Marie Grignon de Monfort*, París, 1966, pp. 85-216.

4. SAN LUIS-MARÍA GRIGNON DE MONFORT, *Le Secret de Marie*, n. 76, *ibidem*, p. 478.

5. SAN EFRÉN, *Himne pour les azimes*, 1, 6-7: Migne, DL, 1995.

el lugar del reposo del Verbo⁶. “María es el templo en el que Dios se hizo sacerdote, sin cambiar nuestra naturaleza, sino revistiéndola de lo que es según el orden de Melquisedec”⁷. Por esta razón, toda celebración eucarística, memorial del Sacrificio de la Cruz⁸, hace intrínseca y esencialmente referencia a María, que nos ha merecido el sacerdote verdadero y eterno. La fuente del sacerdocio de Cristo y de la Iglesia se encuentra en el seno de María.

b) María, la nueva Eva

María ha dado la vuelta a la situación corrompida por Eva y por Adán. Ella es la nueva Eva: “La desobediencia de la que el diablo había sido el comienzo terminó del mismo modo que había comenzado. Todavía virgen e incorrupta, Eva recibió en su corazón la palabra de la serpiente y, por ella, da a luz la desobediencia y la muerte. Pero María, la Virgen, el alma llena de fe y de alegría, respondió al Ángel que le anunciaba el feliz mensaje: que se haga en mí según tu palabra. De ella ha nacido Aquél por medio del cual Dios destroza a la Serpiente y también a los ángeles y a los hombres que se les asemejan, mientras que libra de la muerte a quienes hacen penitencia de sus faltas y creen en él”⁹. “La gracia que alcanza a la humanidad a través de María es mucho más abundante que los daños que provienen de los pecados de nuestros primeros padres. En María, como en ninguna otra criatura humana, vemos el triunfo de la gracia sobre el pecado, vemos que se cumple la profecía del Génesis de *la descendencia de la mujer que pisa la cabeza de la serpiente infernal*”¹⁰.

María, la Inmaculada Concepción, fue el digno receptáculo preparado desde toda la eternidad por la Santísima Trinidad, en el que no ha habido ningún obstáculo para la venida de Dios a ella, como acontecía en nuestros primeros padres antes de que ellos cometiesen la falta original. En cuanto a nosotros, es importante que sigamos el consejo del escritor eclesiástico: decir

6. PROCLO DE JERUSALÉN, *Oratio* 1, 1 y *Oratio* 5, 3; PG 65, 682, 719.

7. PROCLO DE JERUSALÉN, *Homélie I De laudibus Sanctae Mariae*; PG 65, 683.

8. Cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, nn. 1.356, 1.362-1.372.

9. SAN JUSTINO, *Diálogo con Trifón*, 100; PG 6, 711.

10. JUAN PABLO II, *Homilía en Santa María la Mayor*, 8-XII-1985.

al Señor "que vosotros no colocáis vuestra confianza en vuestros méritos, vuestra fuerza o vuestra preparación, como Esaú, sino en la de María, vuestra querida Madre, como el pequeño Jacob en los cuidados de Rebeca; que, por muy pecadores y Esaú que vosotros seáis, oséis acercaros a su santidad, apoyada y adornada con los méritos y virtudes de su santa Madre"¹¹.

Este santo cuerpo ha sufrido sobre la cruz y María estaba asociada a su sacrificio. Este divino Cuerpo y Sangre, que, tras la consagración sobre el altar, se ofrece al Padre y se convierte en Comunión de amor por todos, al fortificarnos en la unidad del Espíritu para fundar la Iglesia, conserva su origen materno de María. Es ella quien ha preparado este Cuerpo y esta Sangre antes de ofrecerlos al Verbo como un don de toda la familia humana entera para que el Verbo se revistiese convirtiéndose en nuestro redentor, Gran Sacerdote y Víctima. En la raíz de la Eucaristía está la vida virginal y materna de María, su desbordante experiencia de Dios, su camino de fe y de amor, que, por obra del Espíritu Santo, hace de su carne un templo y de su corazón un altar, pues ella ha concebido no según la naturaleza, sino por medio de la fe, por un acto libre y consciente: un acto de obediencia. Y si el Cuerpo que comemos y la Sangre que bebemos son el don inestimable del Señor resucitado a nosotros, que estamos de paso sobre la tierra, él tiene siempre en sí mismo, en cuanto Pan aromatizado, el gusto y el aroma de la Virgen María. *Vere passum, immolatum in Cruce pro homine*. Este Cuerpo ha sufrido verdaderamente y ha sido inmolado por nosotros los hombres. Nacido de la Virgen para ser una oblación pura, santa e inmaculada, Cristo ofrece sobre el altar de la Cruz el Sacrificio único y perfecto que, cada Misa, de manera incruenta, renueva y hace presente. María ha tomado una parte activa, ella que es la primera salvada, la Madre de la Iglesia. "Ella, no sin designio divino, se mantuvo de pie (Jn 19,25), se condolió vehementemente con su Unigénito y se asoció con corazón materno a su sacrificio, consintiendo con amor en la inmolación de la víctima engendrada por Ella misma"¹²: ella ofrece y se ofrece a sí misma al Padre. Cada Eucaristía es un memorial de este Sacrificio y de esta Pascua que da la vida al mundo, cada Misa nos pone en comunión íntima con ella, La Madre, cuyo sacrificio "se hace presente"

11. SAINT LOUIS-MARIE GRIGNION DE MONFORT, *Traité de la vraie dévotion*, n. 268, en *Oeuvres complètes de Saint Louis-Marie Grignon de Monfort*, París, 1966, p. 668.

12. CONC. VAT. II, Const. *Lumen gentium*, n. 58; Pablo VI, Exhort. Ap. *Marialis cultus*, n. 20.

como “se hace presente” el Sacrificio de su Hijo, con las palabras de la consagración del pan y del vino pronunciadas por el sacerdote¹³¹⁴.

Cristo se ha ofrecido *una vez por todas* (Rm 6,10). Su Sacrificio redentor ha sido sobreabundante. Es el único Sacrificio que nos rescata. No hay más que una sola misa, la que el Señor ha oficiado sobre la Cruz, misa única, ejemplar, que se hace presente en cada celebración eucarística¹⁵. Y puesto que no hay más que una sola misa, síguese que María toma plenamente parte en cada celebración eucarística con los mismos sentimientos que tenía en el Calvario. No pueden ser otros. La Iglesia realiza el Sacrificio “en comunión con los santos del cielo y, en primer lugar, con la Bienaventurada Virgen, de la que imita la caridad ardiente y la fe inquebrantable”¹⁶. Jesús “hizo suyo el sacrificio de María, en cuanto que el dolor de la Madre formó parte, y parte importante, del dolor del Hijo, y en cuanto que Jesús, ofreciendo al Padre su vida por la salvación del mundo, ofreció –asumido en su propio sacrificio, en *koinonía*, y no simplemente “añadido”– el ofrecimiento realizado por María de la vida del Hijo y de su propio martirio espiritual”¹⁷. Todos nosotros estamos invitados a permanecer de pie, junto a la Cruz, con María¹⁸. Toda la fe de la Iglesia se concentra en María.

Así, cuando el sacerdote dice presentando la hostia santa a los fieles “el Cuerpo de Cristo”, en realidad, podemos precisar que es la Virgen Santa quien nos lo dice a cada uno de nosotros, que interviene personalmente para darnos una vez más a su Hijo, a fin de que él nos transforme interiormente, que nos santifique habitando en nosotros. ¿Qué otra aspiración podría tener María? De igual forma que ella siempre ha cooperado perfectamente en la obra de la Redención adhiriéndose plenamente a la voluntad de Dios, igualmente prosigue esta cooperación haciendo a Cristo presente en nuestra vida, comunicándonos la Vida a la que ella misma ha dado la vida.

13. Cfr. JUAN PABLO II, *Audiencia general*, 1-VI-1983.

14. JUAN PABLO II, *Ángelus*, 5-V-1983.

15. *Catecismo de la Iglesia Católica*, nn. 15, 1.085, 1.182, 1.436, 1.545, 2.120.

16. PABLO VI, Exh. Ap. *Marialis cultus*, 2-II-1974, n. 20.

17. F. OCÁRIZ, “María y la Eucaristía”, *Scripta de Maria*, Serie II, n. 1, 2004, p. 41.

18. *Stabat Mater Dolorosa iuxta Crucem lacrymosa dum pendeat Filius* (secuencia de Jacopone da Todi).

Éste es el misterio trascendente de la cooperación de María en el rescate de la humanidad y en la obra de nuestra santificación, participación activa y en primera línea. María no podría cumplir mejor su papel materno que contribuyendo a identificarnos con su Hijo, para que lleguemos a ser una sola cosa con él, en el Padre por el Espíritu Santo, cosa que es la esencia misma de nuestra llamada a la santidad.

c) María, tabernáculo, copón, custodia

Está recomendado que la santa comunión sea distribuida, al menos en parte, con las formas consagradas durante la misa para significar la participación activa de los fieles en el Sacrificio; sin embargo, cuando la asamblea ya ha comulgado, el sacerdote las colocará en la santa Reserva conservada en el tabernáculo. Encontramos también aquí el papel activo de la Santísima Virgen en la Eucaristía, pues ella es "el primer tabernáculo de la historia"¹⁹; ella contuvo en sí misma a Aquél a quien el mundo entero no puede contener. Ella es ese copón en el que el celebrante, que es Cristo mismo en el altar, viene a tomar el santo sacramento. Él recurre a Santa María, pues sólo ella puede darnos a Aquél que ella acoge en su seno, ella que es "la primera custodia que lleva al Verbo encarnado"²⁰. Nosotros podríamos decir también el "primer ostensorio", que presenta al Señor Jesús a nuestra adoración, a una contemplación que se extiende a todos los instantes. ¡Cristo con nosotros, gracias a María!

Cuando la Iglesia ante el Santo Sacramento canta la secuencia *Ave verum*, exclama: "*Yo te saludo, Cuerpo verdadero nacido de María*. La Eucaristía y María son inseparables: ella se convierte en ostensorio en el que brilla el Cuerpo del Salvador, es un copón que contiene la hostia santa después de haber sido cáliz viviente que le recibió antes, en su Encarnación, para entregarlo al día de su Redención, en el Calvario"²¹. En cuanto habitáculo del Hijo de Dios, tabernáculo vivo, "María ha ejercitado su fe antes mismo de la institución de la Eucaristía" (EE, n. 55). Pues si la Eucaristía brota de la Pasión y de la Resurrección de nuestro Señor, ella se inscribe inevitablemente en el prolongamiento de la Encarnación.

19. JUAN PABLO II, Enc. *Ecclesia de Eucharistia* (EE), n. 55.

20. JUAN PABLO II, *Homilía en Montevideo*, 7-V-1988.

21. DOM E. VANDEUR, *Marie et la Sainte Messe*, Ed. de Maredsous, 1959, p. 126.

Era necesario que María diese su carne a Jesús, para que Jesús pudiese darnos a comer su carne, alimento que no sólo nos une directamente a él, sino también indirectamente a María. Así María ha sido la primera en experimentar lo que nosotros vivimos en la santa comunión: “María ha concebido al Hijo de Dios en la verdad física del cuerpo y de la sangre, anticipando en sí misma aquello que de alguna manera se realiza sacramentalmente en todo creyente que recibe, bajo las especies de pan y de vino, el cuerpo y la sangre del Señor” (*ibidem*). “¿Me atreveré a decir todavía algo más? ¿Por qué no podría yo comulgar en el Corazón de María? No podría yo, después de la triple confesión de mi indignidad –*Domine non sum dignus*–, penetrar en este santuario de la Inmaculada Concepción, en este templo de Dios consagrado como ningún otro, Altar de oro del sacrificio augusto de nuestro Redentor, y recibir allí, en este abismo de la gracia, a Aquél que el mundo entero no puede contener, y que un día habitó en la entrañas de una Virgen Madre?”²².

Nuestras comuniones no son sólo una unión con nuestro Señor Jesucristo. Ellas son también encuentros afectuosos con nuestra Madre del cielo a la que somos deudores de tan gran beneficio. Por esta razón, el alma fiel “si recibe a Jesús en la comunión, se colocará en María para descansar”²³.

Recibimos a Jesús por María y en María. Su gran parecido a su Madre nos reenvía automáticamente a ella. Innegablemente, place a Dios que honremos sin cesar a Nuestra Señora. Queremos hacer con toda seguridad *lo que es agradable a sus ojos* (1 Jn 3,22). En la santa comunión tenemos una ocasión de oro para hacer esto, que además es para nuestro provecho espiritual más completo.

d) La presencia de María en la Eucaristía

Los evangelios no nos dicen que María estuviese presente en la institución de la Eucaristía. Esto sucede entre Jesús y sus apóstoles, los Doce, llamados *a hacer esto en memoria mía* (Lc 22,19), a hacer presente en el tiempo esta

22. DOM E. VANDEUR, *Marie et la Sainte Messe*, Ed. de Maredsous, 1959, p. 127.

23. SAINT LOUIS-MARIE GRIGNION DE MONFORT, *Le Secret de Marie*, n. 47, en *Oeuvres complètes de saint Louis-Marie Grignon de Monfort*, París, 1966, 464.

celebración de la Pascua salvadora. Sin duda, María estará en la casa, con las santas mujeres, velando para que la cena se desarrollase bien. Para Edit Stein, "no hay duda de que la Madre de Dios estaba presente. Esta presencia, por otra parte, no se debe excluir, ya que la tradición pedía que fuese la madre de familia quien encendiese las luces. Seguramente ella vino a Jerusalén para la fiesta de Pascua como siempre, y celebró la cena pascual con todo el grupo que seguía a Jesús. Ella, que guardaba todas las palabras de Jesús en su corazón, cómo debió acoger su discurso de despedida: *Yo he deseado ardientemente celebrar esta cena pascual con vosotros* (Lc 12,25).

¿No pensaría ella en este momento en las bodas de Caná (cfr Jn 2,1-12)? Ahora había llegado su hora. Ahora podía entregar aquello que en otro momento no podía entregar más que en símbolos.

El lavatorio de los pies: él estaba entre ellos como quien sirve (Jn 13). Así lo había visto ella durante toda su vida. Así había vivido ella y viviría aún. Ella comprendía el sentido místico del lavatorio de los pies (cfr Jn 13,2-11): quien se acerca a la santa cena debe estar completamente limpio. Pero solamente su gracia puede dar esta pureza.

¡Tu santa comunión, Madre mía! ¿No era como un retorno a esta unidad inefable cuando tú lo alimentabas con tu carne y con tu sangre? Pero ahora es él quien te alimenta.

¿No ves en esta hora todo el cuerpo místico delante de tí, ése que debe crecer por este santo banquete? ¿No lo recibes tú ya como Madre como mañana te será confiado al pie de la Cruz?

¿No ves tú también todas las ofensas que se harán al Señor en estas especies, y no ofreces satisfacción por ellas?

¡Oh Madre!, enséñanos a recibir el Cuerpo del Señor como tú lo has recibido"²⁴.

En cambio, una vez la Iglesia constituida, después de Pentecostés, no hay duda de que la Virgen Santa está presente en las celebraciones eucarísticas, entre los fieles que asisten a la *fracción del pan* (Hcb 2,42) y que ella comulga con el cuerpo de su Hijo. "Al comulgar su Madre, Jesús le devuelve, en una

24. E. STEIN, *Le Secret de la Croix*, Le Muveran, Parole et Silence, 1998.

restitución llena de amor, el don sagrado que él ha recibido. Él le devuelve esta carne, esta sangre que ella le ha ofrecido a su entrada en el mundo. Cada día más magnífica en su gracia, él las multiplica en la efusión de sus larguezas y le da el céntuplo de lo que ha recibido. María había ofrecido a Jesús una carne de víctima, Jesús le devuelve una carne deificada; ella le había dado una sangre humilde y pasible, él se la devuelve inmortal y gloriosa. En el lugar de esta leche virginal con la que María había alimentado la vida mortal de su Hijo, Jesús la sacia con un cáliz que lleva a los labios de María oleadas de vida divina. Así, la Eucaristía se convierte en la recompensa de la Maternidad de la Santísima Virgen. Y después de haber preparado el trigo de los elegidos en Nazaret, la Virgen María, la Madre de Jesús, se alimenta sobre el monte Sión, recibiendo de esta forma sagrada el justo precio de sus desvelos maternos”²⁵.

Siendo la Eucaristía una acción trinitaria, “cuando María comulgaba, las divinas personas descendían a ella, como en el día de la Encarnación, y ellas se fabricaban un nuevo santuario en el Corazón de María. El Padre estaba allí por concomitancia, el Hijo por su real presencia, el Espíritu Santo por infusión. Cosa admirable: ahora el Verbo encarnado obraba por el Espíritu Santo en el Santo Sacramento, con respecto a María, lo que el Espíritu Santo había obrado sobre el Verbo encarnado en el seno de su Madre. En el misterio de la Encarnación, el Espíritu Santo ha formado un Dios encarnado para hacer de María una sola cosa con su Hijo en la unidad de la carne, según estas hermosas palabras de san Agustín: “La carne de María es la carne de Jesucristo”; y el Verbo encarnado en la Eucaristía da el Espíritu Santo a su Madre para unirse en unidad de amor y de espíritu”²⁶.

María no estuvo presente sólo durante la celebración eucarística de la primera comunidad cristiana en Jerusalén y después en Éfeso; por el contrario, aunque de modo diferente, ella está presente a toda misa que se celebra en el mundo. “Aquella que está presente a los designios divinos, aquella que vela junto con su Hijo en el desarrollo de la economía de la salvación y que, junto con él, es su coronación, está también presente a la cumbre de todos los sacramentos, el misterio eucarístico; a través de Ella y por Ella se entra como

25. ABBÉ PERDREAU, *Les dernières années de la Très Sainte Vierge*, París, Oudin Libraire-éditeur, 1883, pp. 232-233.

26. T.R.P. CLOVIS DE PROVINS, O.M.C., *Notre-Dame de la Trinité*, p. 120.

en el Paraíso; Ella está allí, del *Gloria* al *Communicantes*, a la consagración, nueva venida de su Hijo a la Iglesia y a las almas. La consagración inspira a Daniélou un necesario recurso, como sacerdote, a la Virgen Santa para pedirle la humildad con que ella proclama, después de la Visitación, que ella fue mirada por Dios, y también la fe. La Virgen Santa es aquella en quien “*la Pasión existía ya*” antes mismo de que llegase la hora, está presente en la Eucaristía como en el Gólgota, o en el Corazón de Jesús es al suyo al que una espada había atravesado ya por la palabra del viejo Simeón”²⁷. “La Iglesia ofrece el sacrificio eucarístico en comunión con la Santísima Virgen María y haciendo memoria de ella así como de todos los santos y santas”²⁸.

El poder de intercesión de María es muy grande. Podríamos decir que ilimitado, porque, como lo subrayaba san Josemaría, Jesús no puede decirle que no, porque ella nunca le dijo que no. Como lo predicaba el santo Cura de Ars, “Nuestro Señor está allí como víctima... pensad también que una oración muy agradable a Dios, es pedirle a la Virgen Santa ofrecer su divino Hijo al Padre eterno, lleno de sangre, lacerado por la conversión de los pecadores: es la mejor oración que se puede hacer, pues al fin y al cabo todas las oraciones se hacen en nombre y por los méritos de Jesucristo. Hijos míos, escuchad bien esto: siempre que he obtenido una gracia, la he pedido de esta manera. Esto no me ha fallado nunca”²⁹.

e) La “mujer eucarística”

Pero más allá de esta participación, el papa Juan Pablo II nos ha mostrado que “se puede adivinar indirectamente la relación de María y la Eucaristía a partir de su actitud interior. Durante toda su vida, María es una *mujer eucarística*” (EE, nn. 53-58) que es verdaderamente una sola cosa con su divino Hijo, puesto que él es carne de su carne, él ha recibido de ella su sangre derramada por la salvación del mundo. *O admirabile commercium!* ¡Oh trueque

27. G. DERVILLE, *Histoire “mystique”. Les sacraments de la initiation chrétienne chez Daniélou*, Thésis ad Doctoratum in Theologia totaliter edita, Roma, 2000, pp. 619-620.

28. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1.370.

29. MONS. RENÉ FOURREY, *Ce que prêchait le Curé d’Ars*, Dijon, L’Échelle de Jacob, 2009, pp. 181-182.

admirable! Y precisaba que cuando el sacerdote repite el gesto de Cristo en la Última Cena, llamándole obediente su mandato, inmediatamente “recibimos al mismo tiempo la invitación de María a obedecerle sin dudas: *Haced lo que él os diga* (Jn 2,5). Con esa solicitud maternal que mostró en las bodas de Caná, María parece decirnos: “no dudéis, en fíaros de la Palabra de mi Hijo. Él, que fue capaz de transformar el agua en vino, es igualmente capaz de hacer del pan y del vino su cuerpo y su sangre, entregando a los creyentes en este misterio la memoria viva de su Pascua, para hacerse así pan de vida” (*ibidem*, n. 54).

Caná es el comienzo de la nueva economía que el Señor viene a inaugurar y de la que la Eucaristía es el centro. Jesús llama allí a María “mujer” y no “Madre” indicando con esto que ella se convierte en la cabeza de una nueva generación de hombres y de mujeres, la de los bautizados que se nutren del alimento eucarístico.

Cuando decimos que María es Mediadora de todas las gracias, es verdad ante todo de esta gracia tan singular que es la presencia real de Jesucristo entre nosotros, que ella nos ofrece como alimento para nuestra alma, que no cesa de ofrecernos día tras día como una madre da a sus hijos su pan cotidiano. María puede ser llamada, con Gerson, “Madre de la Eucaristía”³⁰. La Maternidad espiritual de María encuentra aquí toda su grandeza, alcanza lo sublime y su eficacia más plena.

Durante toda su vida, María hace suya la dimensión eucarística de la existencia de Jesús. Pues ella está por adelantado y continuamente unida al Sacrificio por el sacrificio de su propia vida, que no solamente le ha sido predicho por el anciano Simeón (*Lc 2,34-35*), sino que antes ha vivido ella misma por las circunstancias dramáticas del nacimiento del Salvador en la miserable gruta de Belén, que se ha convertido en lugar sagrado entre todos.

Etimológicamente, Belén es la “casa del pan”, convertida en un día memorable la casa del verdadero Pan de Vida, gracias a María. Es la casa que acoge a la Sagrada Familia, una familia de la que formamos parte después de haber sido bautizados. Estamos colocados así bajo la protección de José y María, como el Niño Jesús. “Bajo tu amparo nos acogemos, Santa Madre

30. Cfr. *Opera omnia Johannis Gersonii*, publicadas por Elies du Pin, Ámsterdam, 1706, t. 4, pp. 392-451.

de Dios. No desprecies las oraciones que te dirigimos en nuestras necesidades, antes bien líbranos de todo peligro, oh Virgen gloriosa y bendita" (oración *Sub tuum praesidium*). A este hogar bendito volvemos continuamente. Porque nosotros sabemos por experiencia que "A Jesús siempre se va y se "vuelve" por María"³¹. Con la liturgia bizantina, decimos a María: "¡Oh Virgen! Suplicad al Señor resucitado del sepulcro al tercer día en favor de quienes cantan a vuestro nombre, que os llaman bienaventurada con ardor. Todos nosotros tenemos en vos el refugio de la salvación y una mediadora ante él; somos vuestra heredad, la gente de vuestra casa, Madre de Dios, contamos con vuestra ardiente protección"³². De esta suerte, "preparándose día a día para el Calvario, María vive una especie de "Eucaristía anticipada" –se podría decir, una "comunión espiritual" de deseo y ofrecimiento–, que culminará en la unión con el Hijo en la pasión y se manifestará después, en el período postpascual, en su participación en la celebración eucarística, presidida por los Apóstoles, como "memorial" de la pasión" (EE, n. 56). Uniéndose así al sacrificio de su Hijo, "María aporta a la obra de la salvación la contribución materna, que toma la forma de parto doloroso, el alumbramiento de la nueva humanidad"³³. Pero la presencia en el Calvario no es constitutiva de su maternidad espiritual. Ésta es anterior. Se trata de una presencia materna "no sólo respecto a Jesucristo, sino también respecto a la humanidad redimida, de manera que cuando el Señor nos la entregó en san Juan como Madre (cfr. *Jn* 19,26-27), no constituyó su maternidad espiritual sino que la declaró"³⁴.

f) Acoger a María

Vemos así cómo María es inseparable de la Eucaristía. Cristo nos da su Madre. "Vivir en la Eucaristía el memorial de la muerte de Cristo implica también recibir continuamente este don. Significa tomar con nosotros –a ejemplo de Juan– a quien una vez nos fue entregada como Madre. Significa asumir, al mismo tiempo, el compromiso de conformarnos a

31. SAN JOSEMARÍA, *Camino*, n. 495.

32. 10° *Theotokion* del día de la Resurrección.

33. JUAN PABLO II, *Audiencia General*, 17-IX-1997.

34. F. OCÁRIZ, "María y la Eucaristía", *Scripta de María*, Serie II, n. 1, 2004, p. 42.

Cristo, aprendiendo de su Madre y dejándonos acompañar por ella. María está presente con la Iglesia, y como Madre de la Iglesia, en todas nuestras celebraciones eucarísticas. Así como Iglesia y Eucaristía son un binomio inseparable, lo mismo se puede decir del binomio María y Eucaristía. Por eso, el recuerdo de María en el celebración eucarística es unánime, ya desde la antigüedad, en las Iglesias de Oriente y Occidente” (EE, n. 57).

Pero, como siempre, María se oculta. Ella nos da a su Hijo para que podamos estar con él y vivir con él. Esto es lo que interesa. Ella no está interesada en ninguna otra cosa que en nuestro aprovechamiento espiritual. “Y la mirada embelesada de María al contemplar el rostro de Cristo recién nacido y al estrecharlo en sus brazos, ¿no es acaso el inigualable modelo de amor en el que ha de inspirarse cada comunión eucarística?” (EE, n. 55). Si María nos ha dado la Eucaristía al entregarnos a su Hijo y al participar en su Pasión y en su Cruz, la Eucaristía a su vez nos entrega a María. En efecto, es después de que el Sacrificio redentor, anticipado de forma sacramental el Jueves Santo, se ha consumado cuando Jesús nos entrega a su Madre y se inaugura su Maternidad espiritual hacia la humanidad entera. Hay reciprocidad. Jesús pone fin a la maternidad humana de María y le sigue la maternidad espiritual. Aquí también Jesús llama a María “mujer”, siempre para subrayar la nueva maternidad que le es conferida. María había alumbrado a Jesús, ahora ella recibe un nuevo nacimiento del Verbo crucificado. Ella entra después en la Jerusalén celeste, en el templo de la Nueva Alianza, que es el cuerpo y la sangre de Jesús derramada para el perdón de los hombres. Mejor aún, ella se convierte en esta Jerusalén celestial, la Iglesia santa, vivificada por los sacramentos, en primer lugar por Cristo Eucaristía.

Pero Jesús no podría habernos dado a María, si María no nos hubiese dado antes a Jesús. Nuestra Señora está así desde el primer instante unida muy estrechamente a la obra de la Redención, muy directamente implicada, y comprendemos bien que se haya convertido en Mediadora de todas las gracias. Esto parece una consecuencia lógica. Desde las primeras vísperas del oficio del precioso Cuerpo y Sangre de Cristo, al invitar a celebrar la institución de la Eucaristía, el himno *Pange lingua* habla de la Virgen María: “Canta, oh lengua, el misterio de este cuerpo glorioso y el misterio de esta preciosa sangre, fruto de un vientre generoso (...) él nos ha sido dado, él nos ha nacido de una virgen intacta”. El *Ave verum* comienza y termina con María: “Salve, oh Cuerpo nacido verdaderamente de la Virgen María; cuerpo

verdaderamente inmolado sobre la Cruz por la salvación del hombre, de cuyo costado abierto ha dejado correr sangre y agua (...) Oh dulce Jesús, oh buen Jesús, oh Jesús, Hijo de la Virgen María!" Podemos decir con todo derecho que "en la Virgen María, todo está referido a Cristo y todo depende de él"³⁵.

g) La verdadera "actitud eucarística"

"En la Eucaristía, la Iglesia se une plenamente a Cristo y a su sacrificio haciendo suyo el espíritu de María. Es una verdad que se puede profundizar relejendo el *Magnificat en perspectiva eucarística*. La Eucaristía, en efecto, como el canto de María, es ante todo alabanza y acción de gracias. Cuando María exclama "mi alma engrandece al Señor, mi espíritu exulta en Dios, mi Salvador", lleva a Jesús en su seno. Alaba al Padre "por" Jesús, pero también lo alaba "en" Jesús y "con" Jesús. Esto es precisamente la verdadera "actitud eucarística" (EE, n. 58). La Pasión de Cristo ha sido una realidad extremadamente cruel para él, hasta el punto de sudar sangre (cfr. *Lc 22,44*) durante su Agonía, y de suplicar al Padre que alejase de él este cáliz de sufrimiento (cfr. *Lc 22,42*). La participación de María no ha sido menos real, y la iconografía representando el Corazón de María traspasado por siete espadas ilustra su dolor. Pero al mismo tiempo, ¿es imaginable que el Corazón de Jesús y el de María hayan estado inmersos en la tristeza, cuando estaban en el trance de cumplir plenamente la Voluntad de Dios, que no puede ser más que amable, al mismo tiempo que aportaban la salvación a la humanidad necesitada de perdón, mientras que daban su vida por esto? Y dar la vida por salvar a los demás, la multitud en cita de (*Mt 26,28*), no se puede hacer en la tristeza.

Si el *Magnificat* traduce la verdadera actitud eucarística, podemos suponer que en medio del desgarramiento que supone la visión de la condenación a muerte de su Hijo en condiciones tan atroces e inhumanas por todos los pecadores, María cantaba también dentro de sí misma este canto de alabanza y de reconocimiento a Dios, que ella ensalzaba esta obra de Dios inaudita

35. PABLO VI, Exh. Apost. *Marialis cultus*, n. 25.

y sin precedentes como es la Redención de la humanidad obrada por Jesús. Después de la creación del hombre, ¿hay en la historia una obra de Dios de la importancia de esta salvación ofrecida gratuitamente al hombre, que esta locura de Amor? ¿Dios podía hacer algo más grande que esto? ¿Cómo María no se habría maravillado y enternecido en presencia de un tal derroche de Amor? Ciertamente, con el Corazón traspasado de dolor, pero el Corazón alegre, el Corazón en fiesta. Entonces su Hijo estaba también lleno de alegría por llegar al término del trabajo que había tomado treinta años antes al venir entre nosotros. *Padre, te doy gracias porque me has escuchado* (Jn 11,41). Esto prueba la satisfacción del deber cumplido, del trabajo llevado a término con éxito y que desemboca en una auténtica obra maestra. Su Corazón –no hay un Corazón más amoroso, más enamorado que el suyo–, debe estar desbordante de alegría. Esta alegría de la que san Josemaría decía que tiene las raíces en forma de cruz³⁶; alegría que brota directamente de la Cruz, y que invadía ya el corazón de los Justos del Antiguo Testamento que, desde el seno de Abrahám donde ellos esperaban entrar en el paraíso, veían que la hora de la liberación estaba ya próxima.

Puesto que el *Magnificat* es la verdadera actitud eucarística, no puede menos de estar presente cuando el Sacrificio es celebrado por el Hijo de Dios en nombre de la Trinidad entera. Es aquí donde encuentra todo su sentido, el más pleno. Porque la Eucaristía es fundamentalmente una acción de gracias. Es impensable que Jesús y María no hayan estado profundamente gozosos en este momento. Ellos no podían menos de dar gracias a Dios por sus *magnalia* (Hcb 2,11), y alegrarse por nosotros que íbamos a disponer en adelante de los medios de la salvación, por nosotros ante quienes se abría el camino del cielo. “María ha hecho un alimento que nos ha abierto la entrada al banquete del cielo”³⁷.

No podría ser de otra manera. No se dan las gracias por un beneficio hecho con aire sombrío y rostro severo, sino con alegría. Mucho más aún cuando la gracia que nos es concedida consiste en reconciliarnos con Dios nuestro Padre, devolvernó al estado de hijos de Dios. Nuestro Dios no es un Dios triste. Esto sería un sinsentido, la antítesis de Dios. Nuestro Dios

36. SAN JOSEMARÍA, *Es Cristo que pasa*, n. 43.

37. SAN PEDRO DAMIÁN, *Sermón 44*.

no puede ser más que un Dios lleno de alegría, porque ama profundamente, intensamente, plenamente, infinitamente. Más aún, Dios es la alegría.

En Jesucristo, nada puede alterar su alegría de estar con el Padre y el Espíritu Santo. La alegría nace precisamente, antes que todo y fundamentalmente, de la unión con Dios, unión, que en el caso del Señor, es total y recibe el nombre de circuminsección.

Para nosotros, la alegría proviene, en primer lugar, de esta intimidad con Dios, que es fruto de la presencia de la gracia en nuestra alma, de la vida sacramental y de nuestra oración contemplativa. Ella nace también de nuestra conciencia del trabajo bien hecho, del contacto con los seres queridos, del servicio prestado a nuestros semejantes. María le sigue de cerca como en todo. Por esta razón, la Iglesia no duda en llamarla "Causa de nuestra alegría" en las letanías lauretanas. De hecho, ella causa en nosotros una alegría indecible, no sólo porque ella nos ha dado al Señor hace dos mil años, sino también porque ella no cesa de confiárnoslo en la comunión. "María, tu Madre, te llevará al Amor de Jesús. Y ahí estarás *cum gaudio et pace*, con alegría y paz, siempre "llevado" –porque solo te caerías y te llenarías de fango–, camino adelante, para creer, para amar y para sufrir"³⁸.

Tenemos muchas razones para dar gracias a María. Los hombres han reservado las más inflamadas alabanzas a María. Nuestros hermanos de Oriente nos sobrepasan con mucho en este terreno. Ellos han sabido unir la fe profunda a la piedad para manifestar a María su confianza y su admiración sin límites. "Los Padres griegos han empleado más de cuarenta epítetos diferentes para excluir de María todo pecado, toda falta, toda mancha, toda corrupción, toda imperfección por ligera que se le suponga; y cada una de estas expresiones es puesta por ellos en superlativo: no solamente pura, sino purísima; no solamente inmaculada, sino muy inmaculada. ¿Pararán? No: gracias a la singular fecundidad de su lengua, ellos elevan casi al infinito cada uno de los superlativos: la inmaculada, la muy inmaculada, se convierte en la super-inmaculada, la que ha hecho más inmaculada, la sin mancha en todo y en toda ella"³⁹.

38. SAN JOSEMARÍA, *Forja*, n. 677.

39. J.-B. TERRIEN, *La Mère de Dieu et la Mère des hommes d'après les Pères et la théologie*, 1ª parte: *La Mère de Dieu*, París Lethielleux, tomo III, 1946, 6ª ed., p. 253.

Demos gracias a María en la Eucaristía, cuando estemos con su Hijo. “Procura dar gracias a Jesús en la Eucaristía, cantando loores a Nuestra Señora, a la Virgen pura, la sin mancha, la que trajo al mundo al Señor.

–Y, con audacia de niño, atrevete a decir a Jesús: mi lindo Amor, ¡bendita sea la Madre que te trajo al mundo!

De seguro que le agradas, y pondrá en tu alma más amor aún”⁴⁰.

h) Prepararse para comulgar

María es modelo de todas las virtudes vividas en la más grande perfección posible a una criatura. Este es el pensamiento unánime de los teólogos. Para el Aquinate, “la Virgen dio cumplimiento a las obras de todas las virtudes. Los demás santos descollaron unos en unas, y otras en otras (...) Pero la Bienaventurada Virgen es modelo y ejemplo de todas las virtudes. En Ella, encontraréis un modelo de humildad. Escuchad sus palabras: *He aquí la esclava del Señor* (Lc 1,18). Y más aún: *El Señor ha mirado la humildad de su esclava* (Lc 1,48). Ella es también modelo de castidad; por propia confesión, ella no conocía varón (cfr. Lc 1,34). Y como es fácil de constatar, ella da ejemplo de todas las virtudes”⁴¹. “Incluso aquellas que son aparentemente opuestas, se unían en ella con una armonía perfecta, que hace pensar en la simplicidad eminente de Dios en quien se unen conjuntamente las perfecciones absolutas más diferentes, como la infinita justicia y la misericordia infinita”⁴². Siendo “una de la humanidad”, tenemos en María “el modelo de todas las virtudes a nuestro alcance”⁴³.

Como Madre atenta –ella lo ha demostrado en Caná para solucionar una situación puramente material–, ella prepara nuestro corazón y apresta nuestra alma para que alberguemos en ella a su Hijo de la mejor manera posible. Y lo hace comunicándonos una participación en sus virtudes.

40. SAN JOSEMARÍA, *Forja*, n. 70.

41. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *In Salutationem angelicam*, 7.

42. R. GARRIGOU-LAGRANGE, *La Mère du Sauveur et notre vie intérieur*, Lyon. Les éd. de l’Abeille, 1941, p. 147.

43. LEÓN XIII, Enc. *Magnae Dei Matris*, 7-IX-1892.

“Extended vuestras virtudes, Madre admirable, en nuestros corazones, para que el dulcísimo Jesús tenga una morada agradable. Extended vuestro amor en nosotros, a fin de que, por vos, amemos a vuestro Hijo”⁴⁴.

Procuremos prepararnos bien a recibir la Eucaristía; siempre nos quedaremos desafortunadamente muy lejos de las condiciones que debiéramos reunir. Y esto con la preparación de las virtudes de María. Nuestra alma queda como la gruta de Belén: ella no era brillante, pero María estaba presente con san José. Y esto lo cambiaba todo.

Ahora, poniendo a María en el corazón de nuestra vida, ella suple nuestra falta de amor. Ella se adelanta en nuestro nombre, ella dice a su Hijo en nuestro lugar toda clase de cumplidos para alcanzarnos su favor. Nosotros podemos dirigirnos a Él confiadamente, diciéndole: “Oh Jesús, vuestra Madre nos suple perfectamente; venid pronto a nosotros para unirnos con vuestro Padre, o mejor, venid en su Corazón, que suplirá nuestra falta de fervor”⁴⁵.

i) Llevar una vida eucarística

“Has de conseguir que tu vida sea esencialmente, ¡totalmente!, eucarística”⁴⁶. La Virgen María es el mejor camino para alcanzar este objetivo. Ella, sólo ella, puede ayudarnos eficazmente a ser totalmente eucarísticos, puesto que ella lo es. Se trata de que tomemos plenamente conciencia de que nosotros somos también tabernáculos del Dios vivo que albergamos en nuestra alma. Nuestra vida está llamada a impregnarse cada vez más de esta realidad, que debe darle volumen y consistencia, longitud y anchura, profundidad y altura, como decía san Pablo (cfr. *Ef* 3,18).

De golpe, todo es también alegría en nuestra vida, todo es acción de gracias, pues recibimos todo como venido de las manos de Dios y sólo cosas buenas nos pueden venir de Dios. Todo es sacrificio vivido gustosamente por nuestros hermanos los hombres de todas las generaciones. Todo es

44. SAINT LOUIS-MARIE GRIGNION DE MONFORT, *Cantique*, 134, 12, *Oeuvres complètes de Saint Louis-Marie Grignon de Monfort*, París, 1966, p. 1.556.

45. SAINT LOUIS-MARIE GRIGNION DE MONFORT, *Cantique*, 134, 13, *Ibid*.

46. SAN JOSEMARÍA, *Forja*, n. 826.

divinización progresiva. Todo es amor. Y en el amor de Dios existe “una circulación de bien que es lo propio de la eternidad del amor divino”⁴⁷. María acogió al Niño y fue Madre. Por nuestra parte, al acoger a Cristo, somos igualmente transformados y nos convertimos en hermanos y hermanas del Señor, pues a quienes lo recibieron *les dio el poder de ser hijos de Dios* (Jn 1,12). Él dijo un día que *quien hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ése es mi hermano y mi hermana y mi madre* (Mt 12,50). Y la voluntad de Dios es vuestra santificación (1 Ts 4,3). Ahora bien, después del bautismo, esta santificación se realiza más directamente y con la mayor perfección en el sacramento de la Eucaristía, hacia el que converge toda nuestra vida espiritual, como hacia su “fuente y culmen” (LG 11/a), “centro y cumbre” de la celebración de los sacramentos (AdG 9/b); o, para decirlo con san Josemaría, “centro y raíz de la vida cristiana”⁴⁸; “centro y raíz de la vida interior”⁴⁹.

Esta divinización consiste, según Grignon de Monfort, en dejarse moldear en Dios: “Considerad, si os parece, que digo que los santos están modelados en María. Hay una gran diferencia entre hacer una figura en relieve, a golpes de martillo y cincel, y hacer una figura arrojándola en un molde: los escultores trabajan mucho y necesitan mucho tiempo para hacer las figuras de la primera manera. Pero ellos trabajan y necesitan poco tiempo para hacerlas de la segunda manera. San Agustín llama a la Virgen Santa “forma Dei: el molde de Dios”. Aquel que es arrojado en este molde divino, pronto es formado y modelado en Jesucristo y Jesucristo en él. Con un poco de trabajo y un poco de tiempo se convertirá en Dios, puesto que ha sido arrojado en el mismo molde que ha formado a un Dios (...) A quienes alcanza este secreto de la gracia que yo les presento, los comparo con razón a los fundidores y moldeadores que, habiendo encontrado el hermoso molde de María donde Jesucristo ha sido natural y divinamente formado, sin fiarse de su propia industria sino únicamente de la belleza del molde, se abandonan y se pierden en María para convertirse en el retrato al natural de Jesucristo”⁵⁰.

47. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *De divinis nominibus*, 4, 11.

48. SAN JOSEMARÍA, *Es Cristo que pasa*, n. 102.

49. SAN JOSEMARÍA, *Forja*, n. 69.

50. SAINT LOUIS-MARIE GRIGNION DE MONFORT, *Traité de la vraie dévotion*, nn. 219-220 en *Oeuvres complètes de Saint Louis-Marie Grignon de Monfort*, París, 1966, pp. 636-637.

Por la Eucaristía y gracias a María, *somos hijos, también herederos: herederos de Dios y coherederos de Cristo (Rm 8,17)*. No tenemos más que un solo corazón y una sola alma (cfr. *Hcb 4,32*), porque insensiblemente, aunque realmente, se opera en nosotros un cambio vital, gracias al cual, *ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí (Ga 2,20)*. María "nos enseña lo que significa entrar en comunión con Cristo: María dio su carne y su sangre a Jesús, y se convirtió en tienda viva del Verbo, dejándose penetrar en el cuerpo y en el espíritu por su presencia. Pidámosle a ella, nuestra santa Madre, que nos ayude a abrir cada vez más todo nuestro ser a la presencia de Cristo; que nos ayude a seguirlo fielmente, día a día, por los caminos de nuestra vida"⁵¹.

Dar una dimensión eucarística a nuestra existencia significa también expiar y reparar por nuestras faltas y por las de todos los hombres, a los cuales nos unen lazos de solidaridad común en la misma aventura. Esto significa no cesar jamás de dirigir a Dios peticiones fervientes para que él tenga piedad y venga en nuestra ayuda en todas nuestras necesidades. Esto implica sobre todo que adoptemos una actitud de adoración, humilde y fervorosa. "Cuando yo comulgo, puedo figurarme fácilmente que recibo esta Víctima en el altar, de las manos de esta Madre de Jesús, que es también la mía; yo puedo fácilmente, en el recogimiento tan deseable que acompaña a esta recepción, perderme en adoraciones, acciones de gracia, súplicas, actos de reparación, que sumergen su Corazón en el Corazón de Cristo; puedo fácilmente suplicar al Corazón de Dios tomar de sus labios estas protestas de amor con las que ella honraba y glorificaba al Salvador"⁵².

j) María y la Eucaristía en el arte

Evocando un recuerdo de su infancia del tiempo en que Pío X había tomado disposiciones para facilitar la comunión frecuente, san Josemaría contaba que se había difundido una imagen que mostraba a María adorando al santo sacramento. María en adoración ante la hostia santa. María adorando a su Hijo como ella no había dejado de hacerlo durante su vida...".

51. BENEDICTO XVI, *Homilía en la Fiesta del precioso Cuerpo y de la preciosa Sangre de Jesucristo*, 26-V-2005.

52. DOM E. VANDEUR, *Marie et la Sainte Messe*, Ed. De Maredsous, 1959, p. 126.

Hoy, como entonces y como siempre, Nuestra Señora nos enseña a tratar a Jesús, a reconocerle y a encontrarle en las diversas circunstancias del día y, de modo especial, en ese instante supremo —el tiempo se une con la eternidad— del Santo Sacrificio de la Misa: Jesús, con gesto de sacerdote eterno, atrae hacia sí todas las cosas, para colocarlas, *divino afflante Spiritu*, con el sople del Espíritu Santo, en la presencia de Dios Padre”⁵³.

Habiendo vivido al lado de un santo, no tengo dificultad para imaginarme que esta adoración de su Hijo en el sacramento transportaba a María al séptimo cielo, en un raptó que podía prolongarse durante horas enteras sin que nada la distrajese, sin moverse, fijos los ojos en Jesús, como si el mundo no existiese y el tiempo hubiese suspendido su huida. María adora también al presentarnos a su Hijo. Esto es lo que los artistas han realizado con acierto.

A partir del siglo IX, la iconografía medieval representa a una mujer a la derecha de Cristo que recoge su sangre en una copa, simbolizando el nacimiento de la Iglesia. Frecuentemente la sinagoga es presentada a la izquierda; después María y San Juan son introducidos en escena. Más tarde, Juan y María quedan solos, y es la Virgen quien levanta la copa hacia Cristo. María es así identificada con la Iglesia en su relación esencial a la Eucaristía. En las iglesias de Quito o Perú, Miguel de Santiago (1620/30-1706) ha pintado la *Inmaculada eucarística*: la Virgen con vestidura blanca y manto azul sostiene sobre su Corazón un ostensorio y mira hacia lo alto donde se encuentra la Santísima Trinidad. El significado de este cuadro es que “la hija del Padre, la madre del Hijo, y el templo del Espíritu nos ofrece en la Iglesia su Hijo eucarístico en alimento para las almas. Su inmaculada concepción es el ideal de la santidad exigida por el sacramento de la eucaristía”⁵⁴.

Leemos en una obra de E. Maffei⁵⁵ que “la manera en que se acostumbra a reservar (el divino Sacramento) ahora en muchas iglesias, guardado en una copa cubierta o en un copón cubierto por paño, debe su origen a la Orden Cisterciense, en la cual se practica esto desde hace mucho tiempo, con la particularidad de que en las iglesias de esta orden hay ordinariamente

53. SAN JOSEMARÍA, *Es Cristo que pasa*, n. 94.

54. A. AMATO, *Nuevo Diccionario de Mariología*, Madrid, Ed. Paulinas, 1988, p. 727.

55. E. MAFFEI, *La réservation eucharistique jusqu'à la Renaissance*, Bruselas, Ets. Vromant, 1942, p. 48.

una imagen o una estatua de la Virgen que sostiene en su mano derecha el S. Sacramento suspendido sobre el altar"⁵⁶. En su *Viaje literario*, Dom Martène cuenta a propósito de su visita a La Ferté: "El Santo Sacramento está elevado en un copón sostenido por una Santa Virgen elevada a los cielos por los ángeles"⁵⁷. Por la misma época, el señor de Moléon organiza sus *Viajes litúrgicos* y nos dice que en la Trapa "está la imagen de la Virgen, que tiene en suspensión la eucaristía sobre el altar mayor"⁵⁸. El mismo autor señala que "se encuentra también una cruz de cobre o de madera dorada, coronada por una estatua de la Santa Virgen teniendo al Niño Jesús sobre las rodillas, cruz de la que estaba suspendida la custodia eucarística"⁵⁹.

k) La alabanza de la Eucaristía

"Veneramos, prosternados, tan gran sacramento" (himno *Pange lingua*) que –lo sabemos– contiene "verdadera, real y sustancialmente el Cuerpo y la Sangre junto con el alma y la divinidad de nuestro Señor Jesucristo"⁶⁰. Y si ante esta realidad sobrenatural "fallan los sentidos, es suficiente la fe para un corazón sincero" (*Pange lingua*). "La vista, el tacto, el gusto se equivocan contigo; funda la fe sólo el escucharte. Creo todo lo que ha dicho el Hijo de Dios; no hay nada más verdadero que esta Palabra de verdad. En la cruz estaba oculta sólo tu divinidad, pero aquí se oculta también tu humanidad, pero creo y confieso a ambas" (himno *Adoro te devote*) Así pues, "que la fe supla el defecto de los sentidos" (*Pange lingua*). "Desde la Anunciación hasta la Cruz, María es aquélla que acoge la Palabra que se hizo carne en ella y que enmudece en el silencio de la muerte. Finalmente, ella es quien recibe en sus brazos el cuerpo entregado, ya exánime, de Aquél que de verdad ha amado a los suyos *hasta el extremo* (Jn 13,1). Por esto, cada vez

56. DOM CHARDON, *Histoire des Sacrements*, París 1745, tomo II, p. 267.

57. MARTÈNE ET DURAND, *Voyage littéraire de deux religieux bénédictins de la Congrégation de Saint-Maur*, París, 1717, 1ª parte, p. 226.

58. DE MOLÉON (Lebrun-Desmarettes), évêque de Comminges, *Voyages littéraires de France*, París, 1718.

59. E. MAFFEL, *La réservation eucharistique jusqu'à la Renaissance*, Bruselas, Ets. Vromant, 1942, p. 53.

60. CONCILIO DE TRENTO, Sesión XIII, *Decreto sobre el sacramento de la Eucaristía*, cn. 1, DH 1651.

que en la Liturgia eucarística nos acercamos al Cuerpo y Sangre de Cristo, nos dirigimos también a Ella que, adhiriéndose plenamente al sacrificio de Cristo, lo ha acogido para toda la Iglesia”⁶¹.

1) La celebración de la Eucaristía

María nos acoge en cada Eucaristía como acogía a los invitados de Caná. Por esta razón, “es por su intercesión como nos unimos a Cristo por la gracia: *En mí está toda esperanza de vida y de fuerza (Si 24,25)*”⁶².

La misa comienza con un rito de acogida, y este rito debería ser vivido con María. El ministerio de la acogida debería desarrollarse particularmente en los días de fiesta y con ocasión de la celebración de sacramentos. La Madre del Señor debería ser considerada como aquella que acoge a los discípulos de su Hijo en la sala de la celebración, en la iglesia. Oír la homilía con María. En el diálogo con el ángel, la Virgen María asume la maternidad divina de manera responsable. Su diálogo no expresa duda, sino estupor ante la grandeza y la novedad inefable del anuncio (cfr *Lc 1,29-35*). Al mismo tiempo, este diálogo subraya una petición de clarificación.

Igualmente, después de la homilía, el diálogo entre Dios Padre y su pueblo es una acogida e interiorización de la Palabra. Por propia naturaleza, la homilía tiene el objetivo de invitar a los creyentes a dialogar con Dios Padre. Entender la homilía después de escuchar la Palabra es preguntarse, casi como María, *¿cómo podrá ser esto? ¿Cómo esta Palabra puede encarnarse en mí?*

En Occidente, en la Edad Media tardía, al comienzo y al final de la homilía, se recitaba de rodillas un *Ave María*, como para subrayar cómo los creyentes aprendían de María a escuchar y encarnar la Palabra.

En la liturgia eucarística, María se presenta como la Madre gloriosa que desvela las cualidades divinas del Pan celestial. Camino de los divinos misterios, María es llamada la “Madre mistagógica”. Así como el Espíritu ha actuado en María en la Anunciación santificándola, así también, por medio

61. BENEDICTO XVI, Exh. Apost. *Sacramentum caritatis*, n. 33.

62. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Super Ioannem*, cp. 2, lect. 1, n. 343.

de los dones eucarísticos, obra en quienes comulgan. San Juan Damasceno dice: "¿Preguntas cómo el pan se convierte en el Cuerpo de Cristo, y el vino... Sangre de Cristo? Yo te digo: el Espíritu Santo viene y da cumplimiento a lo que sobrepasa toda palabra y todo pensamiento... Que te sea suficiente saber que esto sucede por el Espíritu Santo, lo mismo que fue por el Espíritu Santo y de la Virgen como el Señor, por sí mismo y en sí mismo, asumió la carne"⁶³. San Efrén dice: "He aquí el fuego del Espíritu en el seno de su Madre, he aquí el fuego del Espíritu en el río Jordán. Fuego del Espíritu en nuestro bautismo, en el Pan y en el Cáliz, Fuego y Espíritu"⁶⁴. "¡Oh Madre, haz que la Eucaristía sea correctamente comprendida y seriamente celebrada, participada y vivida! Que este Congreso eucarístico tenga como fruto un culto renovado de la Eucaristía por la adoración y por las obras de caridad: *para que todos tengan vida, y la tengan en abundancia*, para que todos descubran y encuentren personalmente a Aquel que ha dicho: *Yo soy el Pan de la Vida*"⁶⁵.

II) Comulgar con María, la esposa real

En el momento de la comunión, la Iglesia Esposa deviene en el Espíritu "una carne" con el Salvador, Su Esposo. María es la Madre y esposa toda santa del Señor Dios. María preside soberanamente las nupcias escatológicas del Hijo con la Iglesia (cfr. *Ap* 19,6-9). Ella participa de la gloria del Hijo resucitado. Ella le ruega que prepare la mesa, que haga sentar a los discípulos, y se alegra cuando el Hijo pasa a servir en persona a los discípulos (cfr. *Lc* 12,37; 22,29-30). Al comer en el banquete del Señor, anticipamos en cuanto discípulos, el banquete celestial del Padre. Pero, antes de vivirlo en el cielo, necesitamos, como María, crecer en este misterio inefable a través de la celebración frecuente de la Eucaristía y de comulgar el cuerpo y la sangre del Señor. "Por la mañana, después de la misa, cuando tengo a Jesús en mi corazón, me presento a la Santa Virgen para consagrarme

63. SAN JUAN DAMASCENO, *Exposición de la fe ortodoxa*, 4, 13, PG 94 (798B-799).

64. *Comentario del Génesis*, atribuido a San Efrén y publicado en 1982 por el Instituto de Liturgia de la Universidad del Espíritu Santo, en Kaslik (Líbano).

65. JUAN PABLO II, *Mensaje al Congreso eucarístico nacional de Brasil*, 21-VII-1985.

a ella, y le digo: *Ecce filius tuus, He aquí a tu Hijo*. Oh Virgen María, yo soy tu hijo. Más aún, yo participo en el sacerdocio de Cristo: aceptadme como hijo vuestro, como aceptasteis a Jesús” (Dom Columba Marmion). “Oh Dios nuestro, remite, borra, perdóname los pecados que he cometido contra ti (...) Perdónamelos todos, siendo, como eres, bueno y amigo de los hombres: por la intercesión de tu Madre toda santa y siempre virgen, concédeme recibir el Cuerpo santo e inmaculado para la curación de mi alma y de mi cuerpo” (Liturgia bizantina).

Grignon de Monfort nos da un consejo lleno de sabiduría y de sentido sobrenatural: “Esforzaos por comulgar con la Santa Virgen, renunciando a vuestras propias disposiciones y revistiéndoos de las de la Santa Virgen, aunque os sean desconocidas, y haciendo reposar a Cristo en su seno virginal, en espíritu y verdad”⁶⁶.

Verdaderamente, “cada vez que recibimos la Santa Comunión, Jesús, el Verbo, se hace carne de nuestra vida, don de Dios a la vez hermoso, gratuito, singular. Así ha sido la primera Eucaristía: el ofertorio de María del hijo que llevaba en ella, ella en quien él había puesto el primer altar. María, la única que podía afirmar con total confianza “aquí está mi Cuerpo”, a partir de este primer momento ha ofrecido su propio cuerpo, su fuerza, todo su ser, a la formación del Cuerpo de Cristo. Nuestra Madre la Iglesia ha elevado a las mujeres a un gran honor ante el rostro de Dios al proclamar a María Madre de la Iglesia”⁶⁷.

m) Orar a María

El P. Gabriel María, confesor de santa Juana de Francia (1464-1505), cuenta que “una vez que ella oraba y pedía a la Virgen, según su costumbre, que le enseñase cómo agradecerle, sin pedir otra gracia que la de agradecerle y, a través de ella, a la Bienaventurada Trinidad, entendió en su interior, muy consolada en su corazón, que la Virgen le decía: hay tres cosas que me

66. SAINT LOUIS-MARIE GRIGNION DE MONFORT, *La Règle primitive de la Sagesse*, n. 158, en *Oeuvres complètes de Saint Louis-Marie Grignon de Monfort*, París, 1966, p. 762.

67. B. TERESA DE CALCUTA, *Pas de plus grand amour*, París, Lattès, 1997, p. 132.

agradan por encima de todo y que siempre me han agradado mucho cuando yo vivía en esta tierra, y son las que se refieren a la cruz de mi Hijo, y tú las alcanzarás, si, con san Pablo, posees la práctica y la ciencia de la cruz. La primera es escuchar a mi Hijo, sus palabras y sus enseñanzas. Para oírlas, yo le seguí con las otras mujeres a través de Galilea y por dondequiera que era posible. La segunda es meditar en sus heridas, en su cruz, en su Pasión. Por esta razón iba yo con frecuencia, después de su Ascensión, a los lugares donde él había sufrido. La tercera es el Santo Sacramento del Altar o la Misa, hacia la cual yo tengo la más grande veneración y devoción. Por esta razón, yo oía misa cada día y comulgaba”.

María podía decir además a Estela Faguette en 1876: “lo que más me aflige es la falta de respeto que hay por mi Hijo en la santa comunión, la forma de rezar cuando el espíritu está ocupado en otras cosas; digo esto por las personas que se las dan de piadosas”⁶⁸.

n) La vida cristiana con la Mujer eucarística

“María no tiene otro deseo que conducir los hombres a Cristo e introducirlos en el corazón del misterio central del cristianismo, el de la Redención. Este Hijo que ella trajo al mundo (...) continúa ahora a darlo a la Iglesia. Si ella gusta de ver a sus hijos reunidos en una vibrante manifestación de fe y de amor, es para conducirlos juntos hacia el Pan místico, símbolo de la unidad, de la paz y de la alegría eterna del cielo”⁶⁹. “Hay dos cosas, escribe Pedro Lombardo, en este sacramento: una está contenida y significada, y la otra, sin estar contenida, está significada. La cosa contenida y significada es la carne de Cristo, que ha nacido de la Virgen María y su sangre que ha derramado por nosotros. La cosa que está significada sin estar contenida es la unidad de la Iglesia en los predestinados, los elegidos, los justificados y los glorificados. Ésta es la doble significación del cuerpo y de la sangre de Cristo”⁷⁰.

68. Quinta aparición, cfr. M.-R. VERNET, *La Vierge à Pallevoisin. Dieu au coeur d'une mère. Lecture théologique et spirituelle des documents*, París, 1995.

69. PÍO XII, *Radiomensaje al Congreso mariano belga*, 5-IX-1954.

70. PEDRO LOMBARDO, *IV Sent.* 8, 4.

Hay que profesar que “María inaugura la participación de la Iglesia en el sacrificio del Redentor. Ella es la Inmaculada que acoge incondicionalmente el don de Dios y, de este modo, está asociada a la obra de la salvación. María de Nazaret, icono de la Iglesia naciente, nos enseña que cada uno de nosotros está llamado a acoger el don que Jesús hace de sí mismo en la Eucaristía”⁷¹. La piedad del pueblo cristiano siempre ha visto “un *profundo vínculo* entre la devoción a la Santísima Virgen y el culto a la Eucaristía; es un hecho de relieve en la liturgia tanto occidental como oriental, en la tradición de las Familias religiosas, en la espiritualidad de los movimientos contemporáneos incluso juveniles, en la pastoral de los Santuarios marianos. *María guía a los fieles a la Eucaristía*”⁷².

María está presente con la Iglesia y como Madre de la Iglesia a cada una de las celebraciones eucarísticas: “Por eso, nadie mejor que ella puede enseñarnos a comprender y vivir con fe y amor la santa misa, uniéndonos al sacrificio redentor de Cristo. Cuando recibimos la sagrada comunión también nosotros, como María y unidos a ella, abrazamos el madero que Jesús con su amor transformó en instrumento de salvación, y pronunciamos nuestro “amén”, nuestro “sí” al Amor crucificado y resucitado”⁷³. “En la Eucaristía, la Iglesia, con María, está como al pie de la cruz, unida a la ofrenda y a la intercesión de Cristo”⁷⁴. María es para nosotros un modelo de comunión y de gracia con Cristo, por su unión personal con él; ella, que es la *llena de gracia* (Lc 1,28), participa activamente en lo que se cumple en este sacramento de la unidad del cuerpo místico, que es la Iglesia.

María sabe por la fe que su Hijo es el *Cordero de Dios* (cfr Jn 1,36), que él es la Inocencia misma. Y le ve sometido a los tormentos más atroces. Su fe fue puesta a prueba, aunque ella no podía caer. Es puesta a prueba para que nosotros perseverásemos en medio y en contra de todo. La fe de María, tras la misa primordial, fortifica nuestra fe en la presencia real de su Hijo en el pan y el vino ofrecidos y consagrados en el altar, en la hostia que se nos muestra para nuestra adoración.

71. BENEDICTO XVI, Exh. Ap. *Sacramentum caritatis*, n. 33.

72. JUAN PABLO II, Enc. *Redemptoris Mater*, n. 44.

73. BENEDICTO XVI, *Angelus*, 11-IX-2005.

74. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1.370.

“Que María Santísima, Virgen inmaculada, arca de la nueva y eterna alianza, nos acompañe en este camino al encuentro del Señor que viene. En Ella encontramos la esencia de la Iglesia realizada del modo más perfecto. La Iglesia ve en María, “Mujer eucarística” como la llamó el Beato Juan Pablo II, su icono más logrado, y la contempla como modelo insustituible de vida eucarística. Por eso, disponiéndose a acoger sobre el altar el *verum Corpus natum de Maria Virgine*, el sacerdote, en nombre de la asamblea litúrgica, afirma con las palabras del canon: *Veneramos la memoria, ante todo, de la gloriosa siempre Virgen María, Madre de Jesucristo, nuestro Dios y Señor*. Su santo nombre se invoca y venera también en los cánones de las tradiciones cristianas orientales. Los fieles, por su parte, *encomiendan a María, Madre de la Iglesia, su vida y su trabajo. Esforzándose por tener los mismos sentimientos de María, ayudan a toda la comunidad a vivir como ofrenda viva, agradable al Padre*. Ella es la *Tota pulchra*, toda hermosa, ya que en Ella brilla el resplandor de la gloria de Dios. La belleza de la liturgia celestial, que debe reflejarse también en nuestras asambleas, tiene un fiel espejo en Ella. De Ella hemos de aprender a convertirnos en personas eucarísticas y eclesiales para poder presentarnos, según la expresión de san Pablo, “inmaculados” ante el Señor, tal como Él nos ha querido desde el principio (cfr. *Col 1,21; Ef 1,4*)”⁷⁵.

ñ) Un impulso misionero

De igual modo que Cristo ha dado su vida para que nosotros la tengamos en abundancia (cfr. *Jn 10,11*), el alimento recibido en la Eucaristía nos dinamiza para que, a nuestra vez, comuniquemos la vida de la gracia a quienes el Señor coloca en nuestro camino. Los discípulos de Emaús se transformaron cuando reconocieron a Jesús en la fracción del pan. Pedimos “por intercesión de la Santísima Virgen María, que el Espíritu Santo encienda en nosotros el mismo ardor que experimentaron los discípulos de Emaús (cfr. *Lc 24,13-35*), y renueve en nuestra vida el asombro eucarístico por el resplandor y la belleza que brillan en el rito litúrgico, signo eficaz de la belleza

75. BENEDICTO XVI, Exh. Ap. *Sacramentum caritatis*, n. 96.

infinita propia del misterio santo de Dios. Aquellos discípulos se levantaron y volvieron de prisa a Jerusalén para compartir la alegría con los hermanos y hermanas en la fe. En efecto, la verdadera alegría está en reconocer que el Señor se queda entre nosotros, compañero fiel de nuestro camino. La Eucaristía nos hace descubrir que Cristo muerto y resucitado, se hace contemporáneo nuestro en el misterio de la Iglesia, su Cuerpo. Hemos sido hechos testigos de este misterio de amor. Deseemos ir llenos de alegría y admiración al encuentro de la santa Eucaristía, para experimentar y anunciar a los demás la verdad de la palabra con la que Jesús se despidió de sus discípulos: *Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo (Mt 28,20)*⁷⁶.

La venida del Señor a María, en el momento en que lo concibió, ha orientado definitivamente su vida en el sentido de una participación activa en el misterio de la Redención en el Sacrificio de su divino Hijo. Toda su existencia convergió hacia la Eucaristía pascual. Ésta ha absorbido, por así decirlo, toda la actividad del Señor y de su Madre.

Como María, nuestra vida debe estar centrada en la Eucaristía, de modo que, como invitaba san Josemaría, cada día sea para nosotros una misa que dure veinticuatro horas, en espera de la misa de mañana, que durará también veinticuatro horas, y así siempre. También los pequeños acontecimientos de la vida ordinaria, vividos en el marco sacramental, nos hacen corredentores con Cristo, conforme a la exhortación de san Pablo: *Os exhorto, hermanos, por la misericordia de Dios, a que ofrezcáis vuestros cuerpos como ofrenda viva, santa, agradable a Dios: éste es vuestro culto espiritual. Y no os amoldéis a este mundo, sino, por el contrario, transformaos con una renovación de la mente, para que podáis discernir cuál es la voluntad de Dios, qué es lo bueno, agradable y perfecto (Rm 12,1-2)*. El cristiano puede tratar al Señor “en la oración y en la Eucaristía, tratarle como le trataron los primeros doce, encenderse en su celo apostólico, para hacer con Él un servicio de corredención, que es sembrar la paz y la alegría. Servir, pues: el apostolado no es otra cosa”⁷⁷.

76. BENEDICTO XVI, Exh. Ap. *Sacramentum caritatis*, n. 98. 77.

77. SAN JOSEMARÍA, *Es Cristo que pasa*, n. 120.

o) San José y la Eucaristía

San José nunca comulgó. No tuvo nunca oportunidad. En cambio, tiene el privilegio de ser el padre nutricio de Jesús y de tener que velar cuidadosamente por él. Es, pues, a través de él –como también a través de María– como debemos actuar para acercarnos a nuestro Señor. Podemos aplicar a San José estas palabras de la Escritura a propósito de otro José, el patriarca del Antiguo Testamento al que habían vendido sus hermanos por envidia y afán de lucro, y que terminó de primer ministro en Egipto (Gn 37). Habiendo interpretado un sueño del faraón, comprendió que a siete años de abundancia sucederían siete años de carestía, (Gn 41,1-36) e hizo almacenar grandes cantidades de trigo y de recursos alimenticios. Cuando llegó el hambre, cuando la gente pedía al faraón qué comer, él le decía: *Id a José; él os dará pan* (Gn 41,55).

Vayamos también a José, pero al esposo de María; él nos dará igualmente pan. No solamente pan, sino el *Pan bajado del cielo* (Jn 14). Esto hace que san José esté presente en nuestras comuniones, que él presida el reparto de las sagradas especies, por lo que le estamos muy reconocidos.

Vemos, para concluir, hasta qué punto permanecemos siempre en la Sagrada Familia. José y María, cada uno según su puesto y sus prerrogativas, nos confían a Jesús, sabiendo todo el bien que esto nos va a hacer, un bien inmenso –que ellos experimentan en sí mismos–, de vivir continuamente en su presencia.

Dominique LE TOURNEAU BARBÉ

PARÍS